

Samandar

Soy Marduk, el más anciano de los brujos y Viejo de la Montaña, y voy a contaros una historia.

Somos brujos, y nos dedicamos a cazar monstruos. Nuestro refugio se encuentra en el Nido del Águila, oculto en los montes Elburtz, al sur del mar del Mazandarán. Aquí comienza mi historia.

Era una noche tempestuosa, los rayos iluminaban las montañas mientras los truenos interrumpían el sueño y el agua, que caía como si el cielo fuera una cascada, lo empapaba todo. Era una noche como ninguna.

Estaba en vela, no por los truenos, sino por una extraña sensación que llevaba días negándome el sueño, cuando me avisaron de que se aproximaba un jinete. Tardé unos segundos en asimilarlo. Cualquiera incauto que tratara de llegar aquí y con éste tiempo tendría que haber muerto por el camino, y más un jinete. Sin perder tiempo salí a recibirlo.

Quedé empapado en cuanto salí afuera. No podía ser un cualquiera el que llegara hasta aquí.

-¡Benditos mis ojos, Viejo de la Montaña! –clamó en cuanto me tuvo frente a él.

Le reconocí de inmediato. Me sorprendió verle allí. De inmediato desmontó, llevaba algo entre sus brazos.

-¿Es qué no te alegras de verme, viejo amigo? –preguntó sonriente bajo la capucha.

-¿Qué llevas ahí?

Un llanto, el bulto emitió un llanto.

-Preferiría enseñártelo a cubierto.

-¿Se puede saber por qué traes aquí a un bebé?

-Ni que fuera el primer niño que traen aquí.

-No con tanto empeño.

-Cierto.

-¿Y bien?

-Se llama Samandar –dijo entregándomelo.

-¿Qué? ¿Por qué se llama...?

Viendo su sonrisa no acabé la pregunta.

-Adelante –me dijo.

Entonces examiné al bebé y al dejar su espalda al descubierto lo entendí.

-Cuida de él –dijo dando media vuelta y volviendo a la salida.

-¿Estás seguro? ¿Es aquí dónde quieres que crezca?

-Estoy seguro.

A pesar de semejante tormenta y tan complicado viaje la criatura se veía sana. Era un niño, de lo contrario no habría tenido sentido que lo hubiera traído.

-Bien pequeño –dije- Serás un brujo.

Nuestros orígenes se remontan a los albores de Persia. Cuando éste comenzó su auge muchas eran las criaturas que amenazaban a los hombres y fue entonces cuando una ya olvidada orden de monjes guerreros, con ayuda de los mejores hechiceros y alquimistas, pasó a ser lo que somos hoy en día. Durante más de un siglo fuimos

inestimables para garantizar la seguridad de nuestras gentes. Los brujos somos sumamente eficaces haciendo nuestra labor, tanto que desde hace años nos estamos quedando sin trabajo. Simplemente, cada vez hay menos monstruos.

En las primeras décadas los mejores armeros nos forjaron grandes y gráciles espadas con las que dábamos cuenta de las criaturas. Ahora, los escasos nuevos candidatos heredan las de los nuestros que perecieron y que guardamos en los sótanos de la fortaleza. La nuestra es una orden condenada a la extinción.

En los primeros años el niño creció fuerte y sano. Nuestro refugio no es lugar de comodidades y, aunque los Montes Elburz son en general bellos, la región en la que vivimos es dura e inclemente, cosa necesaria para entrenar a los nuevos brujos y mantener a raya a los curiosos. A pesar de ello corría feliz por el viejo castillo y tanto brujos como aprendices no tardaron en cogerle cariño.

De todos modos el muchacho no tardó en aprender que muchos de sus jóvenes amigos tenían una escasa esperanza de vida. Los aprendices de brujo no son otra cosa más que huérfanos venidos de los estratos más miserables de Persia, los olvidados, y lo que les espera aquí no tiene nada que ver con la caridad. El entrenamiento es brutal, y no son pocos los que mueren, pero la verdadera prueba de fuego es La Prueba de las Hierbas, que es la que convierte a los brujos en lo que realmente son, mutantes sobrehumanos.

Pocos eran los que sobrevivían a la Prueba, que se dividía en varias etapas. Unos morían entre espasmos, mientras que algunos se volvían locos y a otros les reventaban los ojos. Pero los pocos que soportaban todo aquello pasaban a tener una fuerza y reflejos inhumanos además de unos ojos capaces de escrutar la oscuridad cual felino. Entre otras ventajas se encontraba una longevidad muy superior a la de cualquier persona normal acompañada de una salud de hierro. Creedme que tengo muchos años, y sigo en buena forma.

Os preguntaréis entonces por qué hay tan pocos brujos o, mejor dicho, tan poca gente dispuesta a serlo. Ciertamente es que la gran tasa de mortandad disuade, pero la principal tara que padecemos es la esterilidad. Ningún brujo pleno podrá tener descendencia. Sí, éste oficio es poco agradecido.

Cuando el muchacho creció lo suficiente mandé tatuarse una serie de figuras por todo el torso y los brazos. Así podría disimular su marca, la cual me había asegurado de que no pudiera ver nadie más que los compañeros en quienes más confiaba.

-¿Te gustan, muchacho? –le pregunté al verlo admirándolos impresionado.

-Sí, me gustan mucho –me respondió contento- Pero, ¿por qué me los han hecho?

-Muchacho –le dije posando la mano en su cabeza- A caballo regalado no le mires el diente.

Fue al poco que comenzó en serio su entrenamiento, empezando por los ejercicios y las pruebas de supervivencia en la inclemente región. No pasó mucho tiempo antes de que empezaran a utilizar lo que cualquier visitante habría calificado de salas de tortura. Eran las salas de entrenamiento, en las que nos valíamos de singulares aparatos mecánicos para que los aprendices practicasen cómo moverse en un combate. El más famoso de ellos era el péndulo, en el cual se trabajaban los reflejos y la agilidad. Podía regalar una rotura de costillas al que fallaba, o algo peor.

Los últimos aprendices lo hacían bien, y Samandar destacaba entre ellos, era tenaz y decidido. Por entonces se acercaba la hora de La Prueba de las Hierbas, y no sabía qué hacer con él.

Antes de comenzar la prueba tuve una reunión con los tres más antiguos del Nido, mis brujos de mayor confianza: Kaveh, Rostam y Arash.

-¿Lo estás diciendo en serio? –preguntó Kaveh.

-No quiero que haga la prueba.

-¿Por qué? –inquirió Rostam- ¿Tienes miedo de que no la pase?

-En parte.

-Todos le tenemos afecto a Samandar, pero no es suficiente motivo para no hacerlo. Nunca lo ha sido.

-El muchacho no es un muchacho cualquiera, y lo sabéis.

-En todos estos años no he visto nada raro en él. Es el más aventajado de los aprendices, pero alguien tenía que serlo.

-Arash –reclamé.

-Los temores de Marduk no son infundados.

-¿Qué podría ocurrir entonces si hace la prueba?

-No lo sé.

-¿No lo sabes?

-No.

-Está decidido –sentencié- Samandar no hará la prueba.

-Sabes que será un duro golpe para él.

-Lo sé.

¿¿Cómo que no iba a hacer la prueba de las hierbas!? ¿Por qué me hacían eso? ¿Qué había hecho mal? ¿Había sido un buen aprendiz! ¿Era injusto!

-¡Maestro! –me planté decidido ante él en cuanto me lo dijeron- ¿Qué es eso de que no voy a hacer la Prueba de las Hierbas?

-Es justo lo que has oído.

Impasible, estaba ante mí con su morena cabeza libre de pelo y ese bigote tan característico que se juntaba con sus patillas.

-¿Pero por qué? ¿Es que acaso he hecho algo mal?

-No.

-¿Entonces por qué? No me diga que es por que lo hago demasiado bien.

-No, no es por eso.

-¿Cuál es el problema entonces?

-No eres adecuado para hacer la prueba.

-¿Cómo que no soy adecuado? ¿Desde pequeño sé cuándo se decide que alguien no es adecuado!

-He tomado una decisión. Sin embargo...

-¿Sin embargo?

-A partir de ahora tu dieta sufrirá cambios.

-¿Cambios?

-Puede que en un futuro hagas la prueba, así que por el momento tendrás una dieta especial.

-No... no lo entiendo.

-Ni falta que hace. ¿Estás conforme?

-No me gusta.

-No es eso lo que te he preguntado.

-Estoy conforme –respondí resignado.

A lo largo de varias semanas todos los aprendices menos yo tuvieron que pasar la prueba de fuego, la Prueba de las Hierbas. Cada una de las tres etapas se llevaba a unos cuantos. Era desagradable, pero llevaba viendo eso desde que tengo memoria, así que aparte de cierta amargura por no poder hacerla no sentí nada en especial.

Aprovechando que ya tenía cierta madurez, Arash, el mayor experto en alquimia del Nido, me enseñó por encima todo el proceso de principio a fin conforme la Prueba avanzaba. No aprendía suficiente como para intentarla por mi cuenta, de eso ya se cuidó, pero ahora entendía punto por punto por qué un brujo era superior a cualquier humano. Eso y que tras pasarla uno quedaba estéril.

Una de esas noches tuve una charla con el muchacho. Éste se encontraba en las almenas contemplando el paisaje a la luz de la luna. Era agreste, pero no por ello dejaba de poseer cierta belleza. Como otras veces iba con el torso desnudo mostrando orgulloso sus tatuajes, era su forma de andar por casa.

-¿Afligido, muchacho?

-¿Eh? ¡Maestro! –clamó sorprendido como otras veces- ¿Cómo lo hace? A veces da miedo.

-Práctica.

Después estuvimos unos instantes en silencio.

-¿Sabes cuál es el ave que llevas en la espalda?

-No. ¿Cuál?

-Es el Fénix, un ave sagrada capaz de resurgir de sus cenizas.

-¿Y por qué me la tatuasteis?

-Algún día te lo diré.

Algún día le diría que Samandar es el nombre del Fénix.

Cuando la Prueba de las Hierbas hubo finalizado comenzó nuestro verdadero entrenamiento como brujos, el cual se dividía en tres partes fundamentales, además de otras áreas menores. El combate, la alquimia y las señales.

El combate incluía todo lo físico y era al que dedicábamos más tiempo. Nuestro tutor en esta área era Kaveh, el brujo de los tres de confianza del Viejo de la Montaña con mayor habilidad con la espada y también maestro armero. Cuando nuestro entrenamiento empezó se nos entregó a cada uno una de las valiosas espadas de brujo. Armas largas de gran calidad que aprendíamos a manejar con una y dos manos. Un día nos hizo una demostración de cómo un brujo experimentado podía detener flechas con su espada.

La alquimia corría a cargo de Arash, el más versado en esa rama y el responsable directo de la Prueba de las Hierbas. Él nos enseñó todo lo necesario sobre las hierbas y las recetas para las pociones que necesitaríamos cuando saliéramos de aquí a cazar monstruos. A pesar del magnífico laboratorio que teníamos en los sótanos él nos enseñó una alquimia más rudimentaria, que él llamaba alquimia de campo. A menudo nos decía que lo único que necesitábamos para hacer una poción en condiciones era un buen licor.

Y por último la más extraña de las tres ramas, las señales, a cargo de Rostam. Éstas eran una forma sencilla de magia atada a los elementos y que podía realizarse mediante sencillos gestos con las manos.

Entre otras cosas también aprendimos a montar a caballo, imprescindible en tan vasto imperio, y lo más importante, todo lo que los brujos habían aprendido sobre los monstruos a los que se habían enfrentado desde que existen. La mejor forma de hacer tu trabajo y de derrotar a un enemigo es conocerlo.

Los aprendices, una vez superada la Prueba, avanzaban satisfactoriamente en su aprendizaje, incluso Samandar, que tuvo que asimilar el ir a la zaga después de haber sido el más destacado. Sus compañeros le superaban ahora en fuerza y reflejos entre otras cosas. A pesar de ello su gran determinación le permitió seguir adelante sin

necesidad de que nadie le ayudara. En ocasiones sus compañeros se burlaban de él, pero si algo se enseña a los brujos es a cuidar unos de otros, aunque sea a base de una severa disciplina.

Pasó el tiempo y los aprendices fueron estando preparados para salir a vivir como brujos. Lo nuestro no era una orden cuyos miembros estaban atados mediante obligaciones. Una vez fuera del Nido un brujo era libre de hacer lo que quisiera, a la vez que debía arreglárselas por sí solo. Él mismo debía ganar su propio dinero y encargarse de sus cosas. De todos modos siempre eran bienvenidos cuando volvían al Nido a descansar de la vida de trotamundos.

Algunos aprendices partieron por su cuenta, mientras que otros lo hicieron acompañando a otros más experimentados. Entre estos últimos estaba Samandar, el cual esperó a petición mía. No le hacía mucha ilusión, pero entendía que él más que nadie necesitaba empezar siguiendo a otro.

No pasó mucho tiempo hasta que Fereydun volvió al Nido. Como otras veces los más jóvenes lo recibieron con admiración, pues era de los pocos que tenía una de las maravillosas espadas de plata empleadas contra las criaturas más extrañas y pérfidas. Lo cierto era que yo le había convocado.

-¿Por qué me has mandado llamar? –comenzó en cuanto nos reunimos.

-Directo como siempre. Como te habrás dado cuenta los aprendices están preparados para ir saliendo.

-¿Y me llamas de propio para eso?

-Tú te encargarás de Samandar.

-¿Me echas a mi al pequeño brujo que no es brujo?

-Está tan preparado como cualquiera.

-Y sin embargo...

-Es un alumno excelente, pero es vulnerable.

-¿Por qué no hizo la Prueba?

-Porque decidí que no era adecuado.

-Normalmente eso se decide por sí solo. Y sólo son brujos los que lo son.

Durante unos instantes ambos estuvimos en silencio.

-¿Te lo llevarás contigo?

-¿Vas a obligarme?

-No.

-¿Entonces por qué debería hacerlo?

-Porque te vendrá bien cuidar de alguien. Además, seguro que te da alguna sorpresa.

-Está bien, pero no entiendo tu insistencia. No será a mi lado el lugar más seguro para el muchacho.

¡No me lo podía creer! ¡Fereydun me iba a llevar con él! Él era el más admirado por los aprendices de entre los que iban y venían. Destacaba su larga melena, la cual recogía a veces en una coleta. Yo en cambio prefería dejármelo justo por encima del hombro.

Viajamos hacia el oeste, donde Persia lindaba con las colonias griegas del mar Egeo, al norte del Mediterráneo, ese mar que decían que era el centro del mundo. Él decía que era allí donde tendríamos más trabajo. Allí en la región había roces entre griegos y persas, pero a Fereydun no le importaba, cada vez que yo lo comentaba él me recordaba que nuestro trabajo era cazar monstruos.

Durante unos meses viajamos siguiendo la costa egea de norte a sur alternando poblaciones griegas con persas. Más en las persas que en las griegas, la gente nos miraba mal cuando sabía que éramos brujos. Éramos algo extraño para ellos, algo inhumano, una joya del pasado que tenían ganas de que desapareciera. Eso sí, se volvían mucho más amables cuando había un monstruo con el que lidiar, al menos hasta que les tocaba pagar por nuestros servicios.

A lo largo del viaje cazamos una sorprendente cantidad de monstruos, al menos comparada con las expectativas que nos planteaban nuestros maestros. Uno de los más peligrosos a los que nos enfrentamos fue una mantícora, una criatura con cuerpo de león, alas de murciélago y cola de escorpión que era casi tan grande como dos hombres. Era fiera y despiadada, capaz de despedazarte con sus garras, y de clavarte su aguijón si te descuidabas.

Nos llevó tres días acabar con ella, pues era de huida rápida y gustaba de las emboscadas como buen depredador. En la zona escarpada en la que tuvimos que darle caza la condenada saltaba por sorpresa sobre nosotros desde cualquier risco y cuando conseguíamos imponernos a base de espada la condenada echaba a volar para huir. Si, me clavó el aguijón la maldita criatura. Sentí como si me clavaran una lanza. El veneno producía un dolor indescriptible, pero Fereydun ya se había enfrentado otras veces a criaturas parecidas y, aplicándome un antídoto hecho a mano, en unas horas estuve listo para seguir la caza.

Tras varios intentos conseguimos que cayera sobre la señal trampa que él había dibujado. Tan apenas pudo contener a la fuerte bestia unos segundos, pero fue suficiente para que pudiéramos finalizar nuestra labor.

Una vez la hubimos abatido él me enseñó a extraer los fluidos y órganos más importantes de la bestia, al igual que en otros casos, para poder crear las mejores pociones y venenos.

En otra ocasión tuvimos que vérnoslas con una banda de sátiros revoltosos que no paraban de molestar a la gente de una aldea. Me extrañé cuando Fereydun me dijo que no debíamos matarlos. Eran unas criaturas la mar de extrañas, mitad hombre, mitad carnero, con demasiadas ganas de... bueno, con demasiado calor en el cuerpo. Una de las cosas que les gustaba hacer eran los malabares con el... podéis imaginarlo. Estos griegos... que raros que eran.

Nos las arreglamos para hacerlos entrar en razón y que dejarán de molestar a la gente, aunque con los puños. Menudas coces daban. Después de un corto intercambio de golpes estuvieron más que dispuestos a escuchar nuestra proposición. A causa de ello los aldeanos se negaron a pagarnos, pero a Fereydun no pareció importarle.

La criatura más temible fue una gorgona, a la que, bueno, cazó Fereydun en solitario. Yo quería acompañarle como en todas nuestras cacerías, pero me dejó claro que el verla me convertiría en piedra y que, incluso pudiendo verla era capaz de matarme con facilidad con sus garras y su veneno.

Tras tomar las pociones adecuadas se adentró en su guarida con los ojos vendados y armado con la espada de plata. Al contrario que yo él poseía los sentidos sobrehumanos de un brujo además de gran experiencia.

Tras unas horas que se me hicieron eternas apareció cargando con el cuerpo de la gorgona envuelto en una manta y su cabeza cortada en una bolsa, antes de desplomarse. Condenado, pensaba que se me iba a morir ahí mismo, pero el cuerpo de un brujo es inmune a las enfermedades, y muy resistente a cualquier veneno, sobre todo si había

tomado las pociones adecuadas con antelación. De todos modos el veneno de la gorgona fue lo suficientemente potente como para tenerlo una semana en cama.

Durante ese tiempo el cuerpo y la cabeza de la criatura permanecieron cubiertos en el altar de Atenea que había allí. En cuanto pudo ir allí la páfida sangre de la criatura derramándose había vuelto el edificio inhabitable al inundarlo todo de vapores tóxicos. Ésa vez, tras tomar las pociones adecuadas, me dejó ayudarlo en la labor de extraer lo necesario del cadáver y echar el cuerpo al mar donde la sangre se esparciría hasta diluirse del todo. La cabeza la selló en la cripta más profunda del templo y convenció a los habitantes de que guardándola allí podría ayudarles en un momento de necesidad. Ellos, más que quedar convencidos, simplemente tenían miedo de intentar sacar la cabeza de allí.

Fue en uno de los viajes que el muchacho aprendió la más dura lección tarde o temprano un brujo tiene que aprender. Un día encontramos los restos de una caravana que había sido atacada hacía tan solo unas horas. El muchacho, horrorizado, corrió de un lado a otro buscando supervivientes. No había ninguno.

-¿Qué... Qué clase de monstruo ha podido hacer esto? –preguntó aterrado.

Pobre, no puedo echárselo en cara. Cuando sales del Nido por primera vez piensas que todos tienen garras y colmillos.

-Han sido bandidos.

-¿Qué? Pero... ¿Cómo han podido hacer esto? ¿Hasta tal punto se resistieron los de la caravana?

-Puede que ni siquiera se resistieran.

-¿Qué? Entonces...

-Novato, debes saber que los peores monstruos... se esconden tras rostros humanos.

Lo peor fue que el asunto no acababa allí. Ese mismo día llegamos a un asentamiento de mala muerte, y el muchacho se enteró de que los bandidos acampaban a las afueras de éste. Os podéis hacer una idea de lo que pasó, pero... mejor os contaré lo que vi.

El muchacho fue al campamento, en el cual los bandidos celebraban despreocupados su reciente triunfo. Estaba ya entre ellos cuando advirtieron su presencia.

-¡Eh, tú! –clamó el primero en percatarse del individuo que desentonaba- ¿Se puede saber quién eres?

-¿Sois vosotros los bandidos que han atacado hoy mismo una caravana al norte?

-¿Y qué si lo somos? –preguntó otro.

-¿Por qué?

-¿Y por qué no? ¡Tenías que ver como rogaban los hombres por su vida y chillaban las mujeres cuando nos encargamos de ellas!

Los peores monstruos se esconden tras rostros humanos.

-¡Eh, espera! ¿Tú no eres un brujo? –inquirió otro reconociendo la indumentaria.

-¡Si, es verdad! ¡Es un brujo! ¿Por qué no te vas a cazar monstruos? –dijo el siguiente.

Los peores monstruos se esconden tras rostros humanos.

-Eso, no creas que te vamos a invitar a la fiesta. ¿O acaso buscas problemas? –preguntó desenfundando una espada.

El muchacho los contemplaba impasible, embargado por una fría furia.

-¿Es que no me has oído? –clamó el mismo antes de intentar clavarle su espada.

Al instante la mano mutilada cayó al suelo ante la atónita mirada de los presentes y al siguiente, tras otro baile de la hoja, el tipo cayó de rodillas sujetándose las tripas aullando de dolor.

Fue entonces cuando comenzó el espectáculo. Algunos luchaban, otros se corrían, mientras el muchacho se movía entre ellos como un torbellino de metal. Su hoja bailaba sin cesar saizando a un lado y a otro y yo, sorprendido, observe desde la distancia su expresión carente de rabia. No se estaba vengando de unos bandidos, estaba cazando monstruos, con la fría eficacia que había visto ya tantas veces. Los que no huyeron fueron masacrados.

-¡Piedad! ¡Piedad! –clamaba el último vivo de rodillas y con el brazo del arma malherido.

-¿Eso fue lo que os pidió la gente de la caravana? –le preguntó cubierto de sangre con su fría mirada.

-Si... eso... pidieron.

-¿Y qué hicisteis vosotros?

Aterrado, tragó saliva mientras observaba con pavor a su verdugo antes de que su cabeza rodara por el suelo. Podía haberlo detenido en cualquier momento pero, al igual que un niño debe aprender por su cuenta que si mete la mano en el fuego se quema, preferí que el muchacho aprendiera la lección por su cuenta. Es una lección que aprendemos todos.

Estuve todo el día decaído, triste. ¿Por qué no me detuvo Fereydun? Lo había visto todo y aun así me dejó cometer tamaña atrocidad. Yo no... Admito que tenía la sangre caliente, como todos los jóvenes, pero tanta gente... Ciertamente era toda una hazaña, pero no por ello me sentía mejor. Se supone que cazamos monstruos, no personas.

Al anoecer me fui a una zona de rocas en la costa a contemplar el mar bajo la luz de la luna. Eso me tranquilizaba. Estaba allí sentado tan tranquilo cuando de repente...

-¿Por qué tan triste, pequeño carnicero? –pude oír a mi lado.

Alarmado me giré al oír la desconocida voz. ¿Cómo había llegado tan cerca de mí sin que me diera cuenta? Y al verlo no pude evitar dar un salto del susto. Sobre una gran roca vi tumbado de lado a un hombre completamente desnudo. Su cuerpo estaba en plena forma, como el de esos atletas de los que había oído hablar. Y sus rubios cabellos rodeaban su rostro de... ¿De oro? ¿Una máscara?

-¿Pero se puede saber quién eres? –pregunté alarmado.

Silencio, no respondía.

-¡Eh, tú! ¿Me oyes?

-Incógnito –me respondió ese rostro inerte.

-¿Qué?

-Puedes llamarme Incógnito.

-¿Incógnito? Que nombre más raro.

-¿Es que no sabes lo que es una incógnita? Aún te queda mucho por aprender sobre los griegos, pequeño carnicero.

-¿Qué? Espera... ¿Cómo lo sabes?

-Yo se muchas cosas.

-Y también podías estar mirando.

-Ho hohoho –se rió, o eso me pareció.

-¿Qué?

-No estés triste por esa gentuza, sus vidas no valían nada.

- ¿Y quién eres tú para decir eso?
- ¿Y quién eres tú para llevarme la contraria?
- Eeeh... Me he perdido. ¿Se puede saber qué haces tú aquí?
- Me gusta el mar, me gusta la tierra, me encanta la costa.
- Te preguntaba que qué haces hablando conmigo.
- ¿Eso hago?
- ¡Pero si has empezado tú! Además, ¿por qué llevas esa máscara?
- ¿Te molesta que esconda mi rostro?
- ¡Me molesta que sólo escondas tu rostro! ¿Es que no sabes taparte?
- Te espera un futuro agitado, pequeño brujo.
- ¿Ahora me vienes con evasivas?

-Volveremos a vernos, pequeño persa –dijo antes de que una luz proveniente de su rostro o máscara me cegara- Volveremos a vernos.

Tras unos instantes recuperando la visión descubrí que el tal Incógnito no estaba ya allí. Un individuo extravagante que se escondía detrás de una fría máscara. Escondía, si, buena forma de decirlo. Desde luego estos griegos estaban locos. Maldición, tenía que preguntarle a alguien qué era una incógnita.

Después de ese encuentro lo ocurrido con los bandidos dejó de afectarme tanto, no es que le quitase importancia, pero el haber conocido a ese extraño individuo estaba más presente en mi cabeza.

Tras dos años Fereydun y Samandar regresaron al Nido. Por lo que pude ver el muchacho se había curtido y cuando me contaron sus aventuras tuve claro que el muchacho había madurado lo suficiente para trabajar por su cuenta. Si tan solo...

No había pasado ni una semana desde su regreso cuando un mensajero del rey llegó al nido. Asuntos de palacio, asuntos de brujo, todo en uno. El rey me reclamaba para solucionar un problema que tenía en palacio y que me sería explicado cuando llegase allí. Por lo visto era sumamente importante. No, no era nada de política. Más le valía. Ya se lo dejé bien claro a su padre cuando se empeñó en que lucháramos en sus ejércitos. Tuve que hacer que unos cuantos inmortales dejaran de serlo delante de él para que entendiera mi postura, los brujos cazamos monstruos, y no nos metemos en política. Servimos al reino, si, pero a nuestra manera. Cierto es que cada uno de los nuestros es libre de hacer lo que quiera, pero no permito que los acomodados nos obliguen a luchar sus batallas.

Por algún motivo, mi intuición me dijo que no fuera solo, así que decidí llevarme a la pareja que imagináis. El viaje a palacio iba a permitirme aclarar algunas dudas.

Tras un largo viaje hacia el sur llegamos a Persépolis, capital ceremonial de Persia y joya del Imperio. Al llegar no pude evitar quedarme embobado, ¡menuda ciudad! Ninguna de las ciudades que había visitado podían compararse a esta, y el Nido era como mucho... austero, muy austero, por no decir que le vendrían bien unas cuantas reformas. A lo que iba, grandes avenidas atestadas de gente, oro y riqueza por todas partes, grandes edificios que parecían palacios por si mismos, y luego el palacio real, una magnífica construcción colosal que mostraba al que la viera el poderío y riqueza del imperio.

Una vez allí fuimos recibidos por la corte imperial, frente a la cual contrastábamos notablemente. Ellos con sus exquisitos vestidos y joyas frente a nosotros con nuestra

austera indumentaria de brujo. Y allí, entre ellos, destacaba la princesa de las Mil Rosas, Kaileena, hija favorita del rey y la que se decía que era la más hermosa de toda Persia, observándonos con curiosidad, a nosotros, esos extraños cazadores de monstruos.

Acabadas las presentaciones formales nos llevaron a nuestros aposentos a explicarnos el problema en detalle. Allí nos dijeron que desde hacía unas semanas algún tipo de mal se había extendido debajo del mismísimo palacio real. De repente habían comenzado a aparecer serpientes enormes que atacaban y devoraban a quien encontraban. Al principio los guardias de palacio, los inmortales, podían con ellas, pero cada día había más y al poco habían comenzado a aparecer otras criaturas de tamaño antinatural como arañas y escorpiones. Pero lo que de verdad agravó el problema fue que el aire de las salas comenzó a volverse espeso y tóxico, cual niebla venenosa. Después de eso decidieron sellar los niveles inferiores.

Más tarde lo hablamos los tres en privado. Desde luego el asunto era serio. Estuvimos un buen rato decidiendo cómo lo haríamos y el principal punto era si yo bajaba con ellos. Ya pensaba que iba a quedarme fuera cuando, para mi asombro, Fereydun convenció al Viejo, o casi. Dijo que lo decidiría por la mañana. Lo cierto es que no esperaba que a él le pareciese bien que bajara.

Después de eso nos fuimos a descansar. Yo, como quería ver la ciudad salí a fuera a dar una vuelta... por los tejados del palacio, y como la noche era calurosa decidí hacerlo desnudo de cintura para arriba. Y no, no lo hago para presumir. Bueno, puede que un poco.

La ciudad era maravillosa a la luz de la luna, con todas sus lucecitas y la cantidad de gente que todavía deambulaba a esas horas. Y los tejados de palacio, magníficos. Tras tanto entrenamiento en los escarpados alrededores del Nido del Águila esos tejados eran un lugar hermoso por el que ejercitarse.

Entonces, sin previo aviso, alguien se me echó encima y por los pelos pude evitar la fría bienvenida de su hoja.

-¡Eh! ¡Espera! ¡Oye! –clamé de inmediato- ¡Solo estaba dando una vuelta! ¡Soy un invitado a palacio!

Silencioso, permanecía ante mí un tipo cubierto de negro hasta sólo mostrar los ojos y armado con una larga espada, todo un lujo. ¿Sería un guardia? Más tarde descubriría que no. Desarmado y estando en un lugar en el que no debiera emprendí la huida por los tejados con la esperanza de dejarlo atrás, en vano. El condenado se movía tan bien como yo. Un par de veces más intenté razonar con él, pero sin decir ni media seguía en su empeño de atizarme con esa espada. Durante unos minutos debimos recorrernos todos los tejados del palacio hasta que al final tropecé evitando uno de sus golpes y fui al suelo. Se disponía a darme el golpe de gracia cuando, trazando la señal de Aard, lo mandé por los aires. Aliviado, oí un prolongado grito mientras ese desaprensivo se precipitaba al vacío.

Entonces el suelo crujió debajo de mí y al mirarlo me di cuenta de que era poco más que una fina estructura de madera con rendijas para que entrara la luz. Antes de poder hacer nada yo también me precipité al vacío. Menos mal que caí al agua. No, no era un agua cualquiera. El agua en sí era normal, lo especial era dónde estaba. Al sacar la cabeza del agua oí un agudo grito de alarma. Fue entonces cuando la vi, desnuda y tapándose las vergüenzas tan solo con sus manos. Era tan hermosa... quiero decir, en buen lío me había metido. En cuestión de segundos un montón de plateadas máscaras de pocos amigos tenían las puntas de sus lanzas a apenas un dedo de mi garganta.

Tras unos minutos recibiendo una paliza de los guardias fui llevado ante el rey, junto al cual se encontraban los más importantes de su corte junto con el Viejo y Fereydun. Ya me esperaba lo peor cuando tras una breve disculpa me felicitaron por

impedir el asesinato de la princesa. ¡No me lo podía creer! Atónito escuché mientras me contaban que habían encontrado el cuerpo del asesino caído en el palacio y que portaba un extraño símbolo con un martillo. No lo tenía muy claro, pero juraría que era yo su objetivo. Pero preferí callarme, aún estaba a tiempo de perder la cabeza. Después la princesa en persona me lo agradeció, con razón la llamaban la Flor de Persia.

En ese momento el Viejo decidió que iría con ellos. Quedaría feo que al héroe de la noche lo dejaran en tierra cual novato.

A la mañana siguiente descendimos a los subterráneos y antes de que desbloquearan una de las entradas nos preparamos y tomamos dos pociones cada uno. Una para poder ver en la completa oscuridad, que era lo que nos esperaba, y otra para poder respirar los letales vapores que inundaban el lugar. No era muy distinta de la que tomamos cuando la Gorgona, un poco menos amarga. Tanto Fereydun como el Viejo llevaban las dos espadas incluida la de plata. Eran los únicos que tenía la certeza de que poseían una. En cuanto abrieron, los vapores macilentos comenzaron a escapar, por lo que sin más dilación entramos mientras cerraban la salida tras nosotros.

Era hora de descender. No tardaron en aparecer las primeras alimañas. Serpientes tan gruesas como un tronco humano y arañas y escorpiones del tamaño de perros de presa. Y eran muchos. No me extrañaba que no quisiera bajar nadie, vapores aparte. Cuando matábamos unos cuantos el resto huían, sólo para volver al poco en mayor número. Fue arduo, nos llevó unas horas llegar hasta abajo, a las catacumbas.

Fue allí donde encontramos la fuente del problema.

-No puede ser –dijo el Viejo al verlo.

Ante nosotros, un pedazo de lo que parecía carne del tamaño de una casa pequeña, de un color gris macilento, rezumaba sin parar entre jugos grisáceos y repugnantes todas las clases de alimañas que nos habíamos encontrado. ¿Qué se suponía que era eso?

-¿Es lo que yo creo? –preguntó Fereydun en tono grave.

-Lo es.

-¿Qué es? –pregunté.

-Ya te lo explicaremos. Hay que quemarlo.

Al unísono los tres trazamos la señal de Igni. Lo que siguió fue todo un espectáculo. De inmediato la deflagración envolvió al pedazo de carne, el cual comenzó a retorcerse entre las llamas como si estuviera vivo mientras se consumía. Y yo que creía que eso era todo.

Cuando creíamos que estaba acabada, esa masa comenzó a desgarrarse hasta que de su interior salieron unas treinta cabezas de serpiente bastante más feas que las que habíamos matado, que resultaron estar unidas a un mismo cuerpo.

-No puede ser –dijo Fereydun- ¿Una hidra?

-Podemos esperarnos cualquier cosa.

Entonces una de las cabezas se lanzó a por mí veloz como el rayo, y yo la esquivé ágilmente para después decapitarla con un golpe bien ejecutado, podía felicitarme a mí mismo. Eso pensaba hasta que del muñón salieron dos cabezas. Menudo salto dí cuando lo vi. Fue entonces cuando los dos veteranos sacaron sus espadas de plata y me ordenaron que les cubriera encargándome de las alimañas. Fue un espectáculo verlos bailar entre las cabezas de la criatura sajiéndolas una tras otra. Cada herida causada por las espadas burbujeaba intensamente sin que ninguna cabeza emergiera de ella.

A la vuelta salimos entre los vótores de los guardias, pero el trabajo aún no había acabado. Durante los dos días siguientes se abrieron las salidas tras evacuar a la gente y prepararlo todo para ventilar la zona de los gases tóxicos mientras nosotros la limpiábamos de alimañas.

La primera noche tras bajar discutimos sobre lo que encontramos ahí abajo.

-Hemos tenido suerte con esa hidra –comenzó el viejo- Era pequeña.

-¿Pequeña? –pregunté atónito.

-Sí, pequeña.

-Vale, bien. ¿Qué era esa cosa? Parece que ambos lo sabéis.

-Yo también quisiera que me lo confirmaseis, maestro. Quiero oírlo de vuestras palabras.

En silencio, se tomó unos segundos para decirlo, como si el no pronunciarlo pudiera negar la evidencia.

-Lo que encontramos ahí abajo era indudablemente... un fragmento del Azi Dahaka.

¡No podía ser! ¡El Azi Dahaka no era más que un mito! ¡Una historia de los mazdeístas! Y el gran pedazo de carne... ¿Un fragmento? ¿Cómo podía ser de grande esa cosa?

Seguidamente el Viejo nos explicó que Dahhak fue antaño un tiránico rey que gobernó la vieja Babilonia con mano de hierro y al que el maligno hechicero Ahriman convirtió en el demonio conocido como Azi Dahaka, y que poco después fue derrotado por los héroes Fereydun y Kaveh y encerrado por toda la eternidad. Seguidamente me explicó que los nombres que les ponían a los brujos eran de antiguos héroes de Persia. Sabía que se le cambiaba el nombre a los brujos cuando los adoptaban, pero no sabía esa parte.

-¿Y entonces qué héroe soy yo?

De nuevo me dijeron que ya me lo dirían. Yo creo que disfrutaban dejándome en ascuas.

Una vez finalizada la labor se organizó un banquete informal para celebrarlo puesto que oficialmente el palacio no tenía ningún problema y los funcionarios de palacio opinaban que, puesto que éramos tan austeros, no nos importaría. Lo cierto es que no erraban. Comparada con nuestra alimentación nutrida de los ásperos territorios que rodeaban el Nido cualquier cosa era bienvenida y comparada con cualquier comida hasta las ligeras de palacio eran banquetes, así que yo comí hasta casi reventar.

De nuevo estuvo presente la princesa Kaileena. Era hermosa... tanto que tanto el Viejo como Fereydun tuvieron que llamarme la atención varias veces para que dejara de mirarla descaradamente. Juraría que era la primera vez que no era la comida la que colmaba mi atención.

Estaba en uno de los balcones de palacio contemplando la hermosa ciudad al atardecer cuando oí su voz a mi espalda.

-Cuanto tiempo, viejo amigo.

-Hace mucho que dejaste al poyuelo en el Nido, Ormuz.

-Me alegra verte.

-¿Y a él?

-Estoy orgulloso, sin embargo...

-Sabes lo que había ahí abajo.

-¿Cambiando de tema?

-Empezando por lo más urgente.

-¿Y qué quieres que te diga?

-Ahriman.

-¿Entonces cuál es la pregunta?

-¿Qué piensas hacer?

- Lo que deba.
- ¿Cuándo?
- Cuando deba.
- Hmmm, es inútil discutir conmigo.
- Lo es. No puedo encargarme de todos los asuntos.
- Después pasamos unos instantes en silencio.
- ¿Podemos hablar ya del pequeño Samandar?
- ¿Tantos años te ha costado mostrar interés?
- No seas tan duro conmigo.
- ¿Y bien?
- ¿Por qué?
- No estaba seguro.
- ¿Desde cuando el Viejo de la Montaña teme que se le muera un aprendiz?
- El muchacho no es normal.
- El muchacho es perfecto.
- ¿Entonces...?
- ¿Por qué si no te lo iba a entregar a ti?

Fue entonces cuando me dí la vuelta y pude ver, bajo la capucha, esa amplia sonrisa optimista en su tatuado rostro.

Era un atardecer caluroso, así que decidí disfrutar de los jardines del palacio real. Si, semidesnudo de nuevo. En palacio todos portaban atuendos ligeros, pero yo los veía y me daban calor. En el nido solíamos ir casi desnudos los días más calurosos. Por suerte no había nadie dispuesto a echármelo en cara, o sea nadie.

-¿Qué ave es esa?

Cuando me dí la vuelta quedó claro de quién era la suave voz que había pronunciado esas palabras. Durante unos instantes quedé atónito contemplando su dulce sonrisa.

-Es... ¡Es el Fénix! ¡El ave que resurge de sus cenizas! –clamé finalmente orgulloso.

Nada más oírlo se echó a reír.

-¿Qué es lo que tiene tanta gracia?

-Tengo entendido que sois Samandar.

-Si, lo soy.

-¿O me lo parece a mí o no termináis de entenderlo?

-¿El qué?

-No me extraña de un muchacho que pasea semidesnudo por los tejados.

-Eh, ¿qué culpa tengo yo de que haga tanta calor?

-De eso ninguna.

-¿Y qué es lo que debo entender?

-¿Llevas al Fénix en la espalda y no sabes por qué?

-Me lo hicieron cuando era muy pequeño.

-¿Acaso no poseéis todos los brujos nombres de cosas importantes?

-Samandar... Pues ahora que lo dices no sé de donde viene.

-Tonto, ¡Samandar es el nombre del Fénix!

Genial, el resto de brujos debían de haber estado riéndose de mí mientras la verdad bailaba ante mis narices. Bueno, tras de ellas. En mi defensa puedo decir que a nadie se le había ocurrido decírmelo.

-Un momento, ¿cómo lo sabes?

-Me lo dijo Ormuz.

-¿Quién es Ormuz?

-Mi tutor, y uno de los hombres de confianza de mi padre. Es un tipo extraño, pero de alguna forma sabes que puedes confiar en él.

-Eso me recuerda al Viejo y Fereydun. Ambos son adustos y ásperos, y al principio pueden inquietar, pero se que estarán ahí si los necesito, como todos los brujos.

-Tú sin embargo vas por ahí con tu semblante alegre y dirigiéndote semidesnudo y de cualquier manera a la Princesa de las Flores. ¿Sabes lo que te haría la guardia si viera esto?

-¿Esos tipos de las máscaras plateadas? Que fríos. Eso me ha recordado un tipo que conocí.

Durante unos instantes quedamos en silencio, mirándonos mutuamente. No se de donde salió, pero de repente me acerqué y la besé. Ella no hizo nada, solo... esperó a que nos separáramos.

-¡Oh, perdona! ¡Lo siento! No quería...

-¿Sabes lo que te puede pasar por esto? –preguntó en tono cómplice.

-Supongo que me cortarían algo.

-La cabeza, por ejemplo.

-Ah, menos mal. Quiero decir... bueno, si, sería malo.

Charlamos durante un rato más, pero después me fui a otra parte. Cierto que a veces soy un poco idiota, pero sabía que me estaba metiendo en algo demasiado grande. Quizá... en un futuro...

Más tarde me reuní con el Viejo.

-¿Qué... qué?

-Lo que has oído.

-¿Lo dices en serio?

-Si, harás la Prueba de las Hierbas en cuanto volvamos. Partimos mañana.

¡La Prueba de las Hierbas! ¡No me lo podía creer! ¡Al fin! Tanto tiempo soñando con este momento. Al fin iba a ser un brujo de pleno derecho.

Al partir de la capital cada uno poseíamos un estado de ánimo diferente. El muchacho estaba entusiasmado con lo que le esperaba y Fereydun estaba satisfecho con mi decisión. Tras el tiempo pasado juntos le había cogido cariño. Yo en cambio estaba preocupado. Todavía quedaban serpientes en palacio, pero de las peores, de las que se esconden bajo rostros humanos. Cuando acabase la Prueba volvería para averiguar qué se traían entre manos.

Tras casi un mes a paso ligero llegamos al Nido. Grata fue la sorpresa de Arash y los otros cuando le dije que lo fuera preparando todo para el muchacho. Éste estaba exultante, no cabía en sí de gozo. No paraba de ir de un lado a otro del Nido de los nervios. Eso me daba una alegría que aliviaba en parte mi preocupación.

La noche de antes de la prueba estaba en mi estancia, contemplando intrigado el Monte Damavand, el cual estaba cerca y a la vista del Nido, y no por nada. Algo me decía que los problemas estaban a punto de empezar.

La luna lucía radiante bañándolo todo con su brillo plateado mientras yo la contemplaba desde la muralla. En ese momento todo me parecía más bonito, incluso la vieja ruina que era el Nido. No estaba en ruinas ni mucho menos, pero adolecía del paso

del tiempo y de falta de mantenimiento. Todo se veía viejo y feo. Pero no importaba, mañana sería la Prueba.

Fue entonces cuando oí un gran estallido y a los pocos segundos resonó la voz del centinela por todo el Nido. ¡Nos atacan! ¡Nos atacan!, decía. Teníamos problemas. No tardé en oír las voces de los atacantes en el patio de armas. De algún modo el enemigo había abierto los portones y yo sospechaba que el estallido tenía algo que ver. Sin perder tiempo me tiré muralla abajo y eché mano de una de las viejas espadas para entrenamientos. No era lo mismo que usar la mía, pero no había tiempo, ya estaban ahí. En cuestión de segundos una turba armada comenzó a inundar el patio.

De nuevo ocurría lo que no debía, un brujo matando humanos, pero esa vez no había duda alguna. Ellos atacaban el Nido buscando la muerte y la iban a encontrar. Esos tipos iban mal armados, así que me deshice de los primeros sin problema. El problema era que no dejaban de entrar más y más y en cuestión de segundos estaba a la defensiva. Entonces pude ver por el rabillo del ojo a Rostam trazando la señal de Aagni, su marca personal, antes de que una brutal deflagración enviara a buena parte de los intrusos por los aires envueltos en llamas.

Y entonces comenzaron a llegar el resto de brujos. Estábamos tan apenas veinte en el Nido, pero cuando las hojas comenzaron a danzar empezó la sangría. Los invasores comenzaron a caer entre regueros de sangre mientras otros ocupaban su lugar. Parecían enloquecidos lanzándose como posesos a su muerte. ¿Cómo podía haber llegado semejante turba hasta aquí? Peor aún, ¿cómo podía haberlo hecho sin que nos diéramos cuenta?

Entonces pude verlo, emergiendo de entre la multitud, a un hombre alto y de piel clara, sin duda de tierras lejanas. En sus manos portaba una espada larga y recta, pero lo que de verdad me llamó la atención fue cuando cruzó espadas con uno de los nuestros. Esos movimientos, esas fintas, esa forma de manejar su espada. ¿Era un brujo? ¿Podía ser posible?

Antes de que pudiera ayudar a mi compañero ese tipo lo superó y lo abatió. De inmediato salió a la carrera hacia la entrada de los sótanos. No podía ir a por él, había demasiados enemigos. Por suerte pude ver a Fereydun salir corriendo tras él. A ver si tenía tanta suerte ésta vez el condenado.

Y entonces se plantó ante mí un tipo desnudo de cintura para arriba con la piel cubierta casi por entero por extrañas formas negras y afiladas. En su mano portaba un largo bastón.

-Tú debes de ser Samandar –me dijo con voz ladina.

-¿Y tú quién eres?

-Ahriman, encantado de concertarte.

-¿Ahriman?

-Y ahora, muere.

Entonces ambos extremos de su bastón comenzaron a brillar con un inquietante fulgor verde que comenzó a dejar una estela cuando empezó a blandirlo listo para el combate. Lo cierto es que no duró mucho. Tras esquivar en condiciones los primeros golpes cometí el error de bloquear un golpe de esas luces verdes. La espada se partió y yo sentí un potente impacto en el pecho que me envió al suelo sin respiración y sin sentido. Ya veía al condenado hechicero listo para darme el golpe de gracia cuando pude oír al Viejo gritando su nombre. Después me desmayé.

Había amanecido cuando desperté y lo primero que vi fue a mis compañeros maltrechos velando seis cuerpos en telas que había en el suelo, seis compañeros a los que no volveríamos a ver.

Contentos de no tener que añadirme a los otros seis me explicaron lo que había pasado. Los asaltantes, cuyos muertos yacían ahora por todo el Nido, se habían llevado casi todas las hierbas y brebajes que teníamos además de varias reliquias que guardábamos. Efectivamente se habían llevado las necesarias para la prueba.

-Ahriman –dijo el viejo.

-Se suponía que estaba muerto –comentó Kaveh.

-Eso pensaba, pero ya tenía mis dudas después de lo de palacio. Ahora está claro que ha vuelto.

-¿Y se puede saber qué pretende?

-Ha robado las Hierbas, imagínatelo.

-Entre otras cosas.

-El brujo del norte –dijo Fereydun- Tenía esto.

Entonces nos enseñó el símbolo del martillo, prácticamente igual al que portaba el asesino de palacio.

Más tarde los maestros nos desvelaron la existencia de los brujos del norte y nos explicaron que éstos se encontraban muy al norte del mediterráneo, en unas tierras frías e inhóspitas. Suyo era el hierro de nuestras espadas y el conocimiento para forjarlas. El que ese brujo nos hubiera atacado era toda una incógnita.

Como no quedaba casi nada de valor el Viejo nos envió a todos fuera. A los tres maestros los envió al noroeste, a descubrir si sucedía algo con los brujos del norte. Al resto nos envió por todo el imperio en busca de cualquier información. Ya se las arreglaría para que nos reuniéramos allá donde hiciera falta. A nosotros en concreto, y con ello me refiero a Fereydun y a mí, nos envió de vuelta a las colonias griegas. Él decidió partir solo hacia la capital y según lo que encontrara ya decidiría qué hacer.

El enviarlos a las colonias griegas no fue una casualidad. Cuando se descubrió el símbolo del martillo en el cuerpo del asesino Fereydun me dijo que había visto ya ese símbolo en una de las colonias que había visitado. Siendo él uno de mis mejores brujos no dudé en enviarlo de vuelta allí.

Ese condenado hechicero, fuimos los primeros brujos los que lo derrotamos la última vez, junto con Ormuz. Como ya dije soy viejo, el último de los que pasaron la primera Prueba de las Hierbas que queda con vida. En cuanto a él, es un viejo amigo.

Esos condenados habían robado nuestras más valiosas reliquias, entre ellas la Espada de Gilgamesh y la Armadura de Enkidu, las cuales tenían más de mil años de antigüedad. Esas reliquias deberían estar guardadas en el palacio real, en teoría. Desde hacía ya tiempo se nos había encargado a nosotros su custodia mientras se hacía creer que seguían en palacio. Nuestros enemigos sabían que estaban aquí, es por ello que debían tener agentes en palacio.

El viaje de esos dos al oeste me recordó algo. Hace mucho tiempo conocí a un grupo de increíbles guerreros junto a los cuales luché allá en el mediterráneo. Eso me trae buenos recuerdos. Me gustaría rememorar esos momentos con Ormuz cuando vaya a palacio.

Sin perder más tiempo partimos rumbo al oeste. A mitad de camino él me dijo que nuestro destino no era una casualidad. La otra vez él había visto ese símbolo en una de las colonias, pero no le había dado importancia hasta el incidente de palacio. El Viejo ya lo sabía y por eso les había enviado allí. Había dicho que seguramente la fuente del problema se encontraba en algún lugar del gran mar y que por eso antes o después acabaríamos todos reunidos allí.

También había dicho que hacía ya mucho tiempo había conocido viajando por ese mar a un grupo de guerreros extraordinarios junto a los cuales había luchado. Con suerte esperaba poder conocer a sus hijos o nietos. ¿Cuántos años tenía el viejo? Nunca me había atrevido a preguntárselo.

Durante el viaje Fereydun me enseñó cómo preparar la Prueba en el caso de que diéramos con las Hierbas. Esa gentuza me había estropeado mi momento, pero con lo que había aprendido podríamos hacerla sin Arash.

Finalmente llegamos a la colonia en la que esperábamos encontrar de nuevo el símbolo del martillo. No llevábamos allí ni un día cuando surgieron los problemas. Quien quiera que fuera nuestro enemigo nos estaba esperando y en seguida nos las tuvimos que ver con decenas de hombres armados. Corriendo de un lado a otro tratando de evitar su apabullante superioridad numérica Fereydun me dijo que me las arreglara para llegar al puerto y huir en un barco que él ya me alcanzaría. Discutí con él para que lo hiciéramos juntos, pero me convenció de que alguien tenía que entretenerlos, así que al final accedí.

A hurtadillas y tras eliminar a unos pocos llegué al puerto. ¿Y ahora qué? ¿Me llevaba un barco así por las buenas?

-Ho hohoho.

No podía ser.

-Veo que tienes problemas, pequeño brujo.

-¡Tú!

En la pasarela de al lado yacía recostado de lado, igual que esa noche sobre la roca, ese condenado de Incógnito.

-Si, yo.

-¿Se puede saber qué haces aquí?

-¿Qué haces aquí?

-¡Soy yo el que te lo está preguntando!

-¿Algún problema, persa?

-¿Cómo que algún problema? ¡Pues sí! ¡Un montón de hombres armados nos quieren matar a mí y a mi compañero!

-¿Es que sólo sabéis meteros en problemas?

-¡No pienso discutir contigo! ¡Necesito un barco!

-No tienes tiempo para coger un barco.

-¿Tienes una idea mejor?

-Por supuesto –dijo antes de que una tortuga enorme, del tamaño de una pequeña embarcación, emergiera del agua justo a mi lado.

-¿Pero qué...?

-Arriba, marinero. Es hora de zarpar.

-¿Lo estás diciendo en serio?

-Habría traído el Argos, pero está ahí arriba, entre las estrellas. Aún no es hora de que baje.

-Supongo que servirá, pero aún tengo que esperar a mi compañero.

-Tranquilo, sabrá arreglárselas.

-¿Me estás diciendo que me vaya sin el?

-Yo no, ellos –dijo señalando a una veintena de hombres que venían corriendo hacia mí.

-¡Ah, maldición! ¡Está bien!

Sin opciones, salté sobre la gran tortuga, que de inmediato comenzó a adentrarse en el mar.

-¿Tú no vienes? –le grité mientras me alejaba.

-Ya nos veremos, pequeño brujo, ya nos veremos –se despidió.

Y así, sobre una tortuga, me aventuré a lo desconocido.